SOPHIA

REVISTA MENSUAL DE SINTESIS ESPIRITUAL

FILOSOFIA - RELIGION - SOCIOLOGIA - METAPSIQUICA

FRANCISCO BRUALLA - EDITOR

La responsabilidad de los artículos firmados
corresponde a sus autores o traductores.

SUBSCRIPCION ANUAL - 12 Pesetas para todos los países
Dirección y Admón: Diputación, 157, 1.°, 2.ª - Apartado 543. BARCELONA (España)

SUMARIO

		Página
Servicio		
	Por REGINA KELLER	29
Dominio de las emociones		
	(De lecciones de la «Arcane School»)	31
Consideraciones sobre el Pecado		
	Por J. H. GOFF	32
Pecado		
¿Es razonable la Doctrina de la Reencarnación		
	Por WILLIAM ARMS FISHER	35
Mensaje *Versus* Mensajero		
	Por RYDER WYLDER	42
Rectitud en el hablar		
	Por BERNARD MORROW	44
Ocultismo y Misticismo		
	Por J. H. GOFF	46

SECTION FRANÇAISE

Le Réveil de l'âme		
	Par ROBERTO ASSAGIOLI	51

FEBRERO 1932

VOLUMEN II NUMERO 2

SOPHIA

REVISTA MENSUAL DE SINTESIS ESPIRITUAL

FILOSOFIA - RELIGION - SOCIOLOGIA - METAPSIQUICA

VOL. II FEBRERO 1932 NUM. 2

SERVICIO

Por Regina Keller

La base del servicio es Fraternidad; una convicción profunda de que la unidad espiritual es un hecho en la naturaleza y en la supernaturaleza. La consecuencia de esa convicción es que uno se esfuerza en dirigir y conformar todos sus actos en la vida, de manera que contribuyan a la armonía del conjunto y a aumentar el bienestar general, trasmutando en superior aquello que es inferior dentro de la propia esfera y ambiente, especialmente en la propia personalidad.

Para que el servicio sea eficaz ha de ser inteligente. Servicio inteligente exige juicio y discernimiento; la justipreciación del servidor y de sus recursos en relación al objeto, causa o persona a que quiere servir; la certeza de que el esfuerzo es oportuno y la aplicación de las leyes de la economía en el uso del tiempo y de la energía, así como de los medios materiales que se van a emplear en la prestación del servicio.

Sin embargo, el factor decisivo, para que el servicio resulte eficaz, es el Amor, porque Amor es radio-activo y magnético y consigue penetrar y armonizar las condiciones más difíciles donde ninguna otra cualidad o combinación de cualidades podría penetrar y actuar.

Es un gozo y un privilegio estar constituído de tal manera que uno sirva, movido por la profunda convicción de que la unidad en la divinidad es un hecho; pero para aquellos que todavía no hayan alcanzado ese contacto íntimo con la realidad, pero que, aún viéndose privados de esa satisfacción emocional, sirven por convicción intelectual de esa unidad, les ha de servir de estímulo y consuelo el recordar que hay muchos caminos que conducen a la cumbre de la montaña en donde todos esos caminos convergen. No obstante, mucho antes de alcanzar

la meta final, el servidor no emotivo empezará a sentir dentro de si mismo el calor de la «gracia de Dios»; no importa cual sea la línea de su desenvolvimiento.

«Procura ser perfecto en la acción», recomienda un sabio Instructor. Sin duda alguna, es éste un consejo maravillosamente sabio; pues todos cometemos errores, al tratar de servir; especialmente al principio; aunque los móviles sean tan puros, como puedan serlo en nuestra presente etapa de desenvolvimiento. Los errores más numerosos y comunes resultan del empleo de medios y métodos inadecuados al fin buscado; consejos dados cuando sería mejor guardar silencio; dinero dado, cuando lo que se necesita es, el ejemplo; para inspirar otra manera de emplear el dinero; hablar haciendo resaltar defectos en lo físico o en lo moral, cuando la introducción del interesado en una esfera social en que lo deseable sea la norma, haría milagros para despertar el ansia de desenvolvimiento en la dirección adecuada.

La capacidad del hombre para crecimiento y expansión es ilimitada; pero puede ser contraproducente si no se pone a si mismo límites al crecimiento en determinadas direcciones. La única actividad que le proporciona oportunidades de expansión, en tantos estados y direcciones como sea capaz, es la actividad que llamamos SERVICIO. El diccionario Webster relaciona la palabra «Servir» con el Zend-Avesta, comparándola con la avesta *Har,* «proteger» y *Haurva,* «protegiendo». Aunque el móvil del hombre sea el deseo egoista de crecimiento, la abnegación inteligente lo llevará al sendero del servicio como la ruta más directa para alcanzar su meta. El hombre se distingue por dos características, que quizás no son más que una: la persecución de la felicidad y la persecución del conocimiento. Dice la «Voz del Silencio»: «Para alcanzar el Nirvana uno debe alcanzar el propio conocimiento y el propio conocimiento es la semilla de acciones caritativas».

«Difunde la luz que hayas adquirido...» dice la misma autoridad. Pocos de nosotros comprendemos que el acumular conocimientos es tan de avaro como el acumular cualquier otra clase de riqueza o poder; o que, el tener muchos conocimientos, sin asimilar o sin clasificar, de tal manera que no se puedan transmitir con claridad, o no puedan utilizarse cuando un hermano los necesite, es un completo desperdicio. Copiando nuevamente del libro mencionado: «Si quieres que ese caudal de conocimiento, laboriosamente adquirido, de sabiduría nacida en el cielo, se conserve fresco y corriente, no debes permitir que se convierta en un charco de aguas estancadas». «El agua corriente se purifica a sí misma» es un dicho antiguo y verdadero. DAR y TOMAR, SABER y OBRAR son necesarios para que haya armonía en el progreso y desenvolvimiento del hombre.

El servidor que más eficacia alcanza es aquel que analiza los efectos para comprender las causas, a fin de manipular éstas de manera que

produzcan efectos deseables. El aplicar remedios, donde los efectos claman por simpatía y alivio, puede ser mucho más aparatoso; pero la acción preventiva, aunque a veces pase desapercibida, es de rendimiento infinitamente mayor. Cada campo necesita sus trabajadores; no importa en cual trabaje uno, con tal que se esfuerce en prestar el mejor servicio de que sea capaz, sin esperar recompensa y sin temor al fracaso, y que persevere hasta el fin.

Dominio de las emociones

La correcta dirección de la energía emocional puede resumirse en tres reglas dadas más abajo. Todas las verdaderas Escuelas Esotéricas principian por el dominio del cuerpo emocional y exigen que el discípulo aprenda de memoria y practique esas tres reglas, después que ha demostrado ser incapaz de hacer daño.

Regla I.—Penetra en el corazón de tu hermano y descubre su aflicción. Entonces HABLA. Que tus palabras le transmitan la fuerza que necesita para romper sus cadenas; sin embargo, no las rompas tu mismo. Tu misión es hablar con comprensión. La fuerza que el reciba le ayudará en su obra.

Regla II.—Penetra en la mente de tu hermano y lee sus pensamientos; pero únicamente cuando tus pensamientos sean puros. Entonces PIENSA. Deja que los pensamientos así creados penetren en la mente de tu hermano y que se mezclen con los suyos. Sin embargo, mantente separado, porque nadie tiene derecho a inclinar la mente de un hermano. El único derecho que existe es el que le haga decir: «Me ama. Me apoya. Sabe. Piensa conmigo y yo soy fuerte para obrar rectamente». Aprende, pues, a hablar. Aprende así a pensar.

Regla III.—Funde tu alma con el alma de tu hermano y conócelo por lo que es. (Esto se puede hacer sólo en el plano del Alma; en otros planos esta fusión añadiría combustible a su vida inferior). Entonces CONCÉNTRATE en el PLAN. De esa manera verá él la parte que él, tu y todos los hombres tienen en el mismo. Así entrará él en la vída y conocerá el trabajo realizado.

(De las Lecciones de la ARCANE SCHOOL.)

Consideraciones sobre el Pecado

Por J. H. Goff

«Ahoga tus pecados y destrúyeles para siempre, antes de que alces tu pie para ascender la escala.»

En el mundo, sólo hay una Verdad fundamental y un solo Pecado original. La Verdad básica es la absoluta Unidad de todos los seres, como expresiones de un Único Impulso Eterno, llamado Vida; el que obra a través de la Esencia Primordial, causando la manifestación de la Vida Eterna Una; la Indivisa Unidad en la Santísima Trinidad. El Pecado original básico es el fracaso de la unidad individual de la Vida Eterna Divina, al no reconocer esa Verdad básica, determinando así una condición de separatividad. Todo pecado concebible tiene por fundamento y es debido al error de considerar como entidades separadas a las formas que envuelven a la chispa de vida. Este Pecado original se manifiesta de innumerables maneras; pero si se escudriña con cuidado se descubrirà que todo sufrimiento se puede atribuir a la idea «Yo soy Yo; Tu eres Tu; esto es mío; esto es tuyo». Otro nombre para el Pecado original único es Egoismo; es la idea de que los individuos tienen DERECHOS como INDIVIDUOS. Eso no es así. Los individuos NO tienen derechos;... no tienen más que DEBERES.

Toda vida ha de expresarse por medio de la forma; por una combinación de moléculas formada de Esencia Divina. La forma es cambiante e irreal en el sentido de que desintegra y queda completamente aniquilada al retirarse de ella el impulso de Vida que la anima. No hay nada sagrado en la forma, como tal. La naturaleza tiene su ley de necesidad y cae dentro de la ley el que una forma destruya a otra, cuando sea necesario para el sustento de aquella. Lo que debemos tener presente es que lo sagrado y eterno es la Vida dentro de la forma y que la forma, empleada para la expresión de esa Vida, puede aparecer y desaparecer sin afectar, en manera alguna, a la Vida en ella. Es a causa de esta ley que una forma animal devora a la otra; parásitos vegetales atacan y destruyen a otras formas vegetales, y así se va formando una cadena sin fin, para la expresión de la Vida Una en formas de creciente complejidad. Si todo esto es verdcd, como quedará evidenciado por una ligera observación de la ley natural, ¿por qué es pecado el egoismo y por qué todo pecado o egoismo ha de ser ahogado, antes de que se pueda ascender un solo escalón de la escala hacia las alturas del más allá? La razón es que, para que la Vida Eterna pudiese expresarse, fué necesario que hubiese Dos unidades de expresión diametralmente

opuestas entre sí, a fin de que una pudiese compararse con la otra, y de esa manera establecer CONOCIMIENTO O CONCIENCIA. Nada existe sino en la Conciencia y, a fin de ser consciente, a fin de que la Vida se conozca—que se CONOZCA A SÍ MISMA—debe establecerse Dos UNIDADES o polos del Ser. El polo del Ser opuesto a la materia es Espíritu y lo que se conoce como espiritual es de la misma esencia a que pertenece la materia. El Espíritu no es materia; pero es de la misma esencia que la materia; aunque diametralmente opuesto en toda forma posible. Se puede ilustrar este punto considerando lo que ocurre con el agua. Si reducimos la temperatura del agua a un cierto grado se forma hielo. Este es sólido, inmóvil e inerte. Es de agua, no obstante, no se le llama agua, pero volverá al estado de ésta en cuanto alcance las condiciones apropiadas. Si elevamos la temperatura del agua a cierto grado, se produce el vapor. Este también es de agua, pero no lo llamamos agua y volverá al estado de ésta en cuanto las condiciones sean favorables. Hielo y vapor son diametralmente opuestos en todo sentido, sin embargo, ambos son ASPECTOS de la misma ESENCIA... agua.

Lo mismo sucede con la expresión de la Vida dentro de la forma llamada material, y dentro de aquella llamada espiritual. Espíritu no es materia; pero es de la MISMA ESENCIA de la materia. Ahora bien, la idea en mente es: la chispa individual de la Vida Eterna (que se ha individualizado al punto de ser capaz de actuar y controlar una forma material, formada por una complejidad de cuerpos llamada humana) llega finalmente a un punto en que descubre que existe otra parte en su naturaleza. Durante edades sin cuento, esas chispas individuales de la Vida Eterna han concentrado su atención, casi exclusivamente, en el aspecto de la Esencia Divina llamado material. Este aspecto de la Esencia Divina es de naturaleza separativa y es natural que las chispas de Vida Eterna, cuya atención se ha dirigido durante tan largo tiempo hacia ese aspecto determinado, lleguen a considerarse a sí mismas de la misma naturaleza, separativa y separadas, como forma y aspecto, de la Esencia Divina que ocupan. Eso estuvo bien; no hubo nada malo o perverso en ello; todo ocurrió tal como lo imaginó el Logos del sistema de expresión, que llamamos el Universo. Pero, como se ha dicho antes, llega el momento en que la atención del Alma, o chispa individualizada de Vida Eterna, despierta y enfoca su conciencia u observación hacia el otro aspecto de la Esencia Divina, llamado Espíritu. Ahora bien, el aspecto espiritual de la Esencia Divina es diametralmente opuesto al aspecto material; cuando la atención se vuelve hacia el aspecto espiritual, el entero plan de vida cambia; donde había disidencia hay paz; donde hubo egoismo aparece el altruismo; etc. Uno no puede tener mente material y espiritual al mismo tiempo: pues siempre se oponen entre sí, porque la una pertenece a lo que es separativo y la otra al aspecto unificador de la Esencia Divina. Si, entonces, uno deci-

de concentrar su atención en el aspecto espiritual dentro de sí mismo, DEBE AHOGAR EL PECADO ORIGINAL BÁSICO... la creencia en la SEPARACIÓN, antes de que pueda apoyar su pie con firmeza en el primer escalón de la escala para ascender a las alturas espirituales que ha vislumbrado. Medítese profundamente sobre este pensamiento y examínese diariamente esta idea del PECADO, con el propósito de ahogar todo pensamiento, palabra y acto basado en la IDEA DE SEPARACIÓN.

Pecado

Después de decir que Buda «comprendió, por intuición del conocimiento supremo, que el secreto de todas las miserias de la humanidad era *ignorancia*», el Dr. Evans continua y dice: «Las enseñanzas del Buda son, en esto, idénticas a los principios del Cristianismo esotérico. Según la filosofía religiosa de Jesús, la causa de la enfermedad y de todas las miserias es el pecado; una aberración o deformación de la verdad, según definen la palabra «Pecado» original de los léxicos griegos. Esa palabra se emplea en el Nuevo Testamento, en el mismo sentido que le dió Platón, como error en comprensión, que puede llevar a perversidad de la vida... La ignorancia que es la causa de todas nuestras miserias, no es es meramente una falta de conocimiento o de lo que llamamos ciencia (porque ésta es sólo conocimiento de los sentidos, la observación superficial de hechos), sino la inversión total de la verdad real. Debido a este pecado, o inversión de la verdad, nos inclinamos a considerar como real lo que sólo es un falso parecido; y lo que es real y perdurable lo consideramos como una ilusión y un fantasma; esto nos mueve a desear y buscar laboriosamente, como el más preciado bien lo que no tiene valor alguno y hasta es perjudicial. En esta densa ignorancia el cuerpo es confundido con el hombre. La sombra con la substancia. Se duda o niega la existencia del Alma, y la existencia del Espíritu se desconoce completamente.

Nuestra redención o liberación de las ligaduras corporales no se alcanza por la Pasión del Crucificado, ni por nada que sea externo a nosotros, sino que siempre sale de adentro. Es un desenvolvimiento de nuestro más íntimo y real yo. El espíritu en nosotros, (que es el Cristo interno, y está siempre en armonía con el Espíritu Universal, que es el Padre), es el verdadero redentor. No pretendemos decir que el hombre es, o puede ser, redimido sin Dios. El espíritu divino en el hombre nunca se separa del Dios manifestado, que llamamos Cristo. El actua en y desde el Padre. Es el principio Cristo, el único que nos puede librar del poder de la ignorancia (o de la vida de los sentidos) y conducirnos al reino del Hijo amado de Dios (el reino del espíritu inmortal en nosotros).

¿Es razonable la Doctrina de la Reèncarnación?

Por William Arms Fisher

El pensamiento más avanzado de nuestro tiempo, basado en su conocimiento más amplio de los fenómenos naturales ha formulado la doctrina de la Evolución. Como teoría práctica, esta doctrina explica en gran parte el desarrollo de la vida orgánica, considerada en masa; pero, tal como ha sido presentada hasta ahora, está muy lejos de explicar el desenvolvimiento del individuo. Los biólogos nos dicen que la raza sobrevive, mientras el individuo perece; y ahí, desgraciadamente, se detienen. Pídase a cualquiera de ellos que explique el desenvolvimiento de una simple unidad del cosmos y su teoría no le sirve y, si es franco, tiene que confesar su impotencia. Llegan aún a pedirnos que prescindamos de la supervivencia del individuo y, no obstante los eones de tiempo que el proceso ha demandado, que nos conformemos con una corta existencia, casi podríamos decir momentánea, durante la cual contribuimos con nuestro átomo al beneficio de la masa, de la cual desaparecemos para siempre.

Es un hecho bien observado que, en cualquier plano, humano o subhumano, los individuos más aptos para sobreponerse al medio ambiente, sobreviven; pero, la mente pensante no queda satisfecha con la idea de desechar a los que resultan vencidos en la corta lucha, de la misma manera que tampoco la satisface la actitud similar de los dogmáticos en religión.

En el plano humano, con las condiciones siempre cambiantes, desaparecen razas enteras; pero, al parecer, a nadie se le ocurre la posibilidad de que puedan resurgir bajo condiciones favorables a su progresivo desarrollo. ¿Es que la naturaleza no ha previsto nada para aquellos que han trascendido las condiciones inferiores y están listos para ingresar en los superiores? Si los grados inferiores de cualquier orden de vida no están alimentados por los subyacentes, ¿de donde proceden?

Observemos el gigantesco espectáculo de la vida orgánica, vitalizada por el sol, y procedente del seno de la madre tierra—una vasta procesión atravesando el breve escenario de la vida en desfile incesante—atravesándolo, tal es la creencia general, sólo una vez. La representación no acaba nunca; pero, ¿qué pasa con los actores? ¿Salen por el foro, y permanecen entre bastidores para volver a la escena? Hablamos confiadamente del mejoramiento gradual, y creemos que perpétuo, de

la representación; sin embargo, descartamos a los actores tan pronto como han adquirido expariencia; a la mayoría, en realidad, mucho antes de eso. Intentamos explicar el perfeccionamiento, con la suposición de que los hijos aprenden de los errores de los padres. Sin embargo, los hechos no corroboran tal suposición; pues son multitud los que avanzan, a pesar de los padres, no gracias a ellos. Los capaces de comprender, no pueden menos de ver que no hay alma que pueda progresar en conocimiento, que es idéntico a ser, sino por medio del desenvolvimiento de su propia vida. Existe un solo maestro, que es la Vida. La sabiduría no se da; ha de adquirirla el propio individuo. Mi propia vida, no la vuestra (salvo en cuanto es parte de la mente), es mi instructor; siempre lo ha sido; siempre lo ha de ser; porque mi hoy es una consecuencia lógica de mi ayer, como mi mañana habrá de proceder de mi hoy. La vida, o es un todo orgánico o un fragmento desorganizado, una de dos.

Es cierto que los hijos manifiestan, en mayor o menor grado, las tendencias de los padres; pero este parecido es, en gran parte. debido a influencias psicológicas, tanto pre-natales como post-natales; fuerza tremenda, apenas apreciada hasta ahora. Pero las diferencias, las desemejanzas del niño con respecto al padre, no las explica la ley de herencia; pues ésta está basada sólo en las semejanzas. Esa ley considera al niño como producto de sus ascendientes, más el medio ambiente y, de consiguiente, explica una sucesión de tipos bajos mejor que establece la línea de progresión hacia los más altos. Tal ley, como es natural, nos habla más de degeneración que de progreso. En el caso de los tipos de humanidad más avanzados—aquellos cuyo desenvolvimiento ha penetrado en la esfera del genio—la ley de herencia falla completamente, no sólo al considerarlos como hijos, sino también al analizarlos como padres.

Está bien claro que, precisamente en los aspectos de la vida que más preocupan a la humanidad, la ciencia es incapaz de dar explicaciones que satisfagan, se queda corta y, para seguir adelante, nos vemos obligados a acudir a algún inescrutable creador externo que llene el vacío con su «fiat». ¡Cómodo expediente para mentalidades timidas! Pero confiando en el poder interno del pensamiento, vemos claramente que ninguna explicación de la vida del mundo puede satisfacer a la razón, si prescinde de la continuidad, si no reconoce crecimiento y desenvolvimiento ordenado del proceso o progresión de vida a través de vastos períodos de tiempo. Vemos igualmente que, para que este proceso tenga continuidad y orden, ha de existir, en la naturaleza de las cosas, experiencias de vida sucesivas en una escala simpre ascendente y que lo que es verdad, con respecto al todo, lo es también con respecto a las partes; lo que se aplique al macrocosmos es igualmente aplicable a microcosmos.

Es imposible una reseña coordinada del desenvolvimiento del hombre, o del desenvolvimiento de cualquier unidad de la entera escala de seres, sin conceder las encarnaciones sucesivas, y en orden progresivo, de esa unidad, ¿Cómo podemos concebir de otra manera un desarrollo que demande varios períodos de tiempo? ¿Cómo pueden llenarse los enigmáticos vacíos existentes entre las especies o la transición de los tipos más bajos a los más altos? ¿De qué otra manera pueden llenarse las deficiencias actuales de la teoría de la evolución y explicar la existencia del individuo? ¿De qué otra manera pueden explicarse las contradicciones en nuestra propia existencia presente, o cómo podemos pensar en la existencia futura si no es como crecimiento ordenado resultado lógico del presente y del pasado? Dado el arco de un círculo podemos describir el círculo completo. Dado el hoy, si nuestra visión es bastante clara, hemos de poder describir las edades pasadas y predecir las que están por venir.

Hablamos de la vida sin fin y, a renglón seguido, afirmamos que la de cierto individuo principió en tal o cual fecha, pasando por alto de todo lo que tenga principio en el tiempo, ha de tener igualmente fin en el tiempo y que lo que ha de tener fin no puede haber tenido principio. Esto nos sorprende. pero es así. No hay que maravillarse, pues, de que las multitudes, que creen que en el nacimiento principia todo, pregunten temerosas si la muerte lo termina todo.

Me encuentro a mi mismo asentado en medio de las condiciones del mundo, participando de las luchas del mismo y pregunto : ¿quién me envió aquí? ¿Fué el «fiat» de un Dios al que nunca podré ver o fué otro ser o cosa externa a mi? Si es así yo soy un esclavo y en manera alguna soy responsable de las condiciones en que me encuentro y menos responsable de mi herencia, física o espiritual. ¿Soy una hoja juguete del viento? ¿Es mi existencia un mero resultado de fuerzas externas a mi (déseles el nombre que se quiera) y, de consiguiente, siempre sujeto a sus impulsos? En tal caso la debilidad irresposable, el miedo abyecto y la dependencia servil son en mi, cualidades más lógicas y más de acuerdo con la verdad fundamental que sus opuestas. En tal caso, ideas tales como : poder inealineable, personalidad y el alma como creencia suprema sobre sus propios estados y condiciones, son lastimosas ilusiones.

Si soy el producto de mis progenitores, com dos y dos son cuatro, y no algo diferente, soy de ellos y no mío, mucho más si se trata de un genio. ¿Vine yo al mundo o fuí arrastrado a él? ¿Soy cosa u hombre-alma viviente?

Sólo hay una contestación a esas preguntas, para aquellos que aceptan la supremacia del individuo y consideran que el entero orden de cosas es una conspiración para despertar a las almas adormecidas y activar la conciencia del invencible Yo. A medida que esta idea se

afirma, me doy cuenta de que no soy un desdichado errante, sujeto a los caprichos del destino, un átomo de creación dependiente; sino que por el principio inherente en mi ser, soy el árbitro de mi propio destino, soy el creador y el creado; proyección y proyector; manifestación y manifestador. A aquellos que escuchan paciente y amorosamente la voz de la naturalcza, ésta no les habla de ningún «fiat», sino que les habla de su crecimiento, a través de edades y más edades de desenvolvimiento, en proceso todavía incompleto; pero que está elaborando su maravillosa obra ante nuestros propios ojos.

En este amado mundo están plantados mis pies; soy participante de su vida y afectado por sus condiciones. A medida que la vida despierta en mi alma, reconozco mi parentesco con ese mundo con toda su complejidad, y empiezo a darme cuenta de mi papel como fuerza creadora en el desarrollo de su maravillosa vida. ¡No soy, como había creído, una entidad aparte de otras vidas, sino que soy uno con el Todo! No estoy separado de la naturaleza, en sus miríadas de formas, altas y bajas, cercanas o lejanas; sino un activo e imperecedero factor en la vida cósmica, amor cósmico, inteligencia cósmica. Todo cuanto existe ha existido siempre y siempre existirá. En esencia soy independiente del tiempo, y puede decir, en verdad, «antes de que Abraham fuese, yo soy».

Objeciones a la Reencarnación

Aquellos a quienes más cuesta admitir la lógica de la doctrina de la reencarnación son los que mayor dificultad encuentran para aceptar la libertad del individuo, con todo lo que tal libertad implica. Quienes todavía están dominados por las crudas nociones corrientes sobre un Dios externo y un universo creado de la nada, dificilmente pueden aceptar la doctrina de la reencarnación; pues carece de significado, cuando se prescinde de su relación con conçeptos, muy diferentes de esas nociones superficiales.

El débil busca, naturalmente apoyo; los que buscan apoyo son, naturalmente débiles. Nunca se dirá con bastante claridad que, la idea de la reencarnación implica responsabilidad individual en nuestro presente, como consecuencia—desenvolvimiento—del pasado y la responsabilidad en lo futuro como resultado lógico del presente. La doctrina de la reencarnación considera a la vida como proceso sin fin en unidad orgánica y decididamente transfiere la responsabilidad de Dios al individuo mismo. Esto es demasiado fuerte para las almas cobardes. Es claro que es duro para ellas; pero, el orden nutural de las cosas no es para alentar a los cobardes. La entera creación labora para producir Hombres.

Se requiere verdadero valor para hacer frente a la vida. Muchos la miran de soslayo, con ojos entornados; o tratan de eludirla, ciegos al hecho que no hay en ella un solo paso que pueda evadirse. Estoy aprendiendo hoy lo que fuí incapaz de aprender ayer. Lo que no encare hoy tendré que encararlo mañana; tarde o temprano, en mi carrera sin término, ello se presentará ante mi con fuerza incontrastable. Quienes comprenden saben que en ese viaje, no puede saltarse ningún paso esencial ni eludir experiencia alguna esencial para el desenvolvimiento. Por otra parte, aquellos de corazón valeroso, no lo quieren de otra manera, ni cambiarían la lógica de la vida. Saben que nadie, en este universo de glorioso desenvolvimiento y amor, puede dar por ellos los pasos que a ellos corresponden.

Como hijo de la tierra, recorriendo mi camino a través del universo, no tengo ciertamente razón para creer que he terminado con la vida terrena, mientras no haya aprendido cuanto haya que aprender de las condiciones terrenas, hasta que las haya sobrepasado.

El tímido pregunta : ¿debo yo vivir otra vez aquí y emprender una vez más el trabajo de la tierra? ¿No puedo esperar confiadamente que me veré libre de esta terrible opresión?

Miles y miles de ciegos, que no quieren ver, se aferran a la lastimosa ilusión de que, de alguna manera inexplicable, podrán alcanzar la bienaventuranza sin esfuerzo, y de que existe algún otro camino o condición más elevada aparte del natural crecimiento y desenvolvimiento. Muchos, de intenciones nobles y grandes aspiraciones, ponen su esperanza de esa transición repentina en la «misericordia» del amor sin límites. El principio básico del universo es Amor. Esto es verdad y nunca se hará resaltar bastante, si se reconocen los aspectos coordinados; pero esas mismas personas no se atreverían a pedir que sus hijos pasen de la escuela de párvulos a la universidad, a fin de evitarles el esfuerzo que les exigen en las clases intermedias.

Una señora educada en las severas doctrinas de salvación, después de haber escuchado algunos de los anteriores razonamientos, se levantó disgustada y exclamó : «Total, que te obligan a salvarte a tí misma».

Exacto; pero, eso es precisamente lo que la soñolienta mayoría no está dispuesta a hacer al presente y, naturalmente, no recibe bien la gran idea que tratamos be hacer brillar en su propía luz.

Más de una madre cariñosa, aunque encuentre la doctrina razonable, exclamará: «No puedo soportar la idea de que mi niño ha tenido otra madre». Esa es una exclamación natural, aunque no muy espiritual. La influencia psicológica de los padres sobre los hijos es, probablemente, la más súltil de las fuerzas negativas; las cadenas que, inconscientemente echa sobre el niño en desarrollo, son las más difíciles de romper; porque están entretejidas por el amor. Es este amor ignorante el que se revela contra la idea de la reencarnación; un amor pri-

mitivo que trata de encadenar; un amor todavía ciego al espíritu del Amor más elevado que en su naturaleza es libertad absoluta, que no necesitando ligaduras, las rechaza y busca siempre romperlas en otros, en reconocimiento a la inviolable santidad de la individualidad.

Objeciones surgen fácilmente de las crudas ideas corrientes sobre la procreación. Ya nos hemos referido a este punto antes. Digamos que la unión de los padres no es la causa, sino una condición (la ocasión) para el nacimiento. La causa es el espíritu libre, quien, atraído por alguna conexión del alma con uno de los progenitores o con ambos —algún elemento de la Ley de Atracción—acepta las condiciones del nacimiento y reconociendo en mayor o menor medida su propia capacidad creadora, entreteje su nuevo vehículo con los materiales proporcionados por los padres, y con los que él mismo atrae del gran depósito. Reingresa en lo visible, llevando algo de la marca parental. Estas tendencias heredadas, más o menos ajenas a sí mismo, combinadas con las condiciones prevalecientes en el momento del nacimiento constituyen el medio ambiente, adaptado exactamente a su próximo paso en la vida. Podrán parecer favorables o adversas; pero la armonía eterna no permite falsos ajustes, sea que nuestra débil visión sea capaz de verlos o no. Lo igual atrae lo igual. nada hay accidental en este universo nuestro.

Finalmente, llegamos a la objeción más corriente, más plausible que profunda; la falta de memoria de las experiencias anteriores. El que, al presente, no pueda recordar los primeros capítulos de mi larga historia, significa muy poco ante las consideraciones ya expuestas; como tampoco el hecho de que no pueda recordar las primeras páginas del presente, me induce a dudar de que existí conscientemente en ese período. Por otra parte, no quisiera, ni me hace falta, recordar hoy todos mis ayeres. Conservo su esencia, su producto; pero los elementos incidentales, se escapan, se desvanecen. Si así no fuese sofocarían y obstruirían todo movimiento de avance. Miremos a nuestro alrededor y veamos para cuantos la vida no tiene curso libre, quienes poco a poco se sienten sofocados por apegarse tenazmente a los elementos gastados del ayer. Arrastran tras ellos un motón de cosas inútiles de viejas condiciones; el polvo de años, de edades que los sofocan hasta morir. Para tales personas la muerte parece una necesidad.

El proceso del crecimiento absorve la ganancia neta del pasado y hoy inconscientemente, utilizamos de mil maneras la experiencia acumulada. Nada de valor se pierde. El que no podamos seguir la miriada de hilos entretejidos en nuestras vidas no los hace inexistentes; ni nos permite pensar que algún otro los entretegió. Por muy atento que trate de seguirlos ellos se desvanecen y se ocultan más allá de mi limitada visión.

Si nada se pierde, seguramente, alguna vez ha de volver a vibrar

una vieja cuerda. Ciertamente vibra; pero muy pocos han avanzado tanto que tengan confianza en esas vibraciones sutiles de su vida interna. Si por casualidad se perciben se pasan por alto o son prontamente rechazadas. Miles de personas inteligentes podrían dar fe en verdad, de persistentes recuerdos, chispazos de vidas pasadas; pero por falta de confianza en sí mismo o en sus amigos. se abstienen de confiarlas a otros.

A la luz de la doctrina de la reencarnación y de su verdad correlativa, se simplifica el misterio de la vida. ¿Hay en realidad otra contestación a la pregunta? ¿De dónde? ¿A dónde?, que explique toda la vida y que el pasado, el presente y el futuro no son más que aspectos de una vida sin término? A su luz puedo contemplar mi vida con los ojos abiertos y mirada serena. Las condiciones en que haya uno nacido puede imponerle constante lucha contra obstáculos, al parecer, aplastantes y encontrarse bajo circunstancias en extraña contraposición con el ser interno. Esa lucha, esas contradiciones, carecen de significado hasta que, en momentos de percepción interna, se da uno cuenta de que ha nacido libremente en el ambiente que necesita para el desenvolvimiento del alma y que, duras y todo son, nada más que el resultado del pasado.

MATA TODO SENTIMIENTO DE SEPARACIÓN

No creas que te puedes aislar del hombre malo o del hombre tonto. Ellos son tu mismo, aunque en menor grado que tu amigo o tu Maestro. Pero si permites que la idea de separación de cualquier cosa o persona mala se desarrolle en tí, creas karma, que te ligará a esa cosa o persona hasta que tu alma reconozca que no puede estar aislada. Recuerda que el pecado y la vergüenza del mundo es tu pecado y vergüenza; porque eres parte de ese mundo; tu karma está inseparablemente entretejido con el gran karma. Y antes de que puedas alcanzar el conocimiento tienes que haber pasado por todos los lugares limpios o sucios.

(De «Luz en el Sendero»)

Mensaje *Versus* Mensajero

Por Ryder Wylder

Dijo la grulla a la gaviota, conversando un día en la playa: «¿Por qué te vanaglorias tanto de tu fuerza y de tu resistencia para volar? Los granos de arena, en miles de playas del mundo, son iguales como lo son las gaviotas en el aire. ¿Quién, pregunto yo, es capaz de distinguir una gaviota de otra?»

«¡Ah!, contestó la gaviota, ¡qué ignorante eres! Tengo una misión en la vida. Al volar señalo al Cielo; cuando los pobres humanos, que se arrastran por la tierra, me contemplan en mi raudo vuelo por el espacio azul, sus pensamientos se elevan hacia donde sus cuerpos jamás podrán seguirlos y sueñan; aspiran a lo que no es de esta tierra. Hacia el cielo encamino yo sus pensamientos, ¡sus lentos, muy lentos pensamientos! cuando recta y rápida vuelo por encima de sus cabezas. Ninguna otra gaviota, en toda la redondez de la tierra, sabe que puede llevar este mensaje a la humanidad. Sólo cuando la distraída mirada de un ser humano es atraída por mi belleza y mi gracia y por los reflejos del sol sobre la blancura inmaculada de mis alas; sólo cuando me admiran a mí, te digo, pobre grulla, se elevan sus corazones y sus almas hacia el cielo. ¿No es esto digno de que me sienta orgullosa? ¡Yo, solo yo, puedo hacer eso!»

»¡Mira!; por el camino del pantano vienen dos de esos pobres humanos con los curiosos palos negros, que emplean para matar a nuestros ilusos primos, los patos. Verás, grulla; me acercaré volando a ellos, me lanzaré rápida hacia la tierra y luego me remontaré cada vez a mayor altura y los maravillaré con la belleza y gracia de mi vuelo, al punto que sus corazones y almas se elevarán tras de mí. ¡Hacia el cielo! ¡Yo soy la única capaz de hacer eso!»

Con tal rapidez arrancó el vuelo la gaviota, que la grulla apenas alcanzó a oir las últimas palabras. Como una flecha había volado a un punto por encima de los dos humanos, un hombre y una muchacha, donde se cernía ya. Ellos levantaron la cabeza y se detuvieron a contemplar como se iba acercando. La gaviota se elevaba, luego descendía para volverse a elevar. El hombre hizo un ligero movimiento, se produjo un chispazo y un golpe seco y con mayor rapidez y derechura que jamás había volado, la gaviota cayó pesadamente y quedó inmóvil a los pies de la muchacha.

Por un momento, la muchacha quedó sin aliento y sin palabra; luego, volviéndose al hombre, con ojos llenos de lágrimas y mirándole con encono y aversión le gritó con voz en que vibraba la fuerza de sus

sentimientos : «Eso no tiene mérito; era tiro seguro. El pobre animal no tenia escapatoria. Ha sido un acto estúpido!»

«Querida, contesto el hombre sin hacer caso de la reconvención y sin poder, casi, reprimir una carcajada, sólo quise demostrarte que tengo buena puntería, ningún mal hemos hecho. Las gaviotas son tan numerosas como las arenas de la playa. Una más o menos, qué importa, nunca se encontrará a faltar entre tantas.»

«Qué le habrá pasado, se decía meditabunda la grulla un día que descansaba en la playa, a la gaviota, a la potente gaviota, aquella que tenía un mensaje de luz para la humanidad; un mensaje que ella, sólo ella, entre tantos millones de gaviotas estaba destinada a llevar. Quizás, está tan ocupada, volando en el aire sobre las cabezas de los hombres, a fin de que los pensamientos de estos se eleven al Altísimo, que no tiene tiempo de posarse en esta apacible y soleada playa.»

«Yo se, dijo un pelícano, que escuchaba las palabras de la grulla. Yo sé lo que pasó a la gaviota. Estaba yo descansando entre los juncos del pantano y pude verlo y oirlo todo. El hombre y la muchacha, que vienen todos los días al pantano a matar a nuestros primos los patos, pasaron por mi lado a su regreso del pantano, mientras la gaviota se cernía sobre ellos, para elevar sus pensamientos hacia el Altísimo. El hombre hizo fuego y la gaviota cayó muerta a los pies de la muchaca; ella le recriminó el acto; porque el tiro no podía fallar; el hombre se rió y la muchacha llorando dijo : «Me gusta contemplar a las gaviotas; ¡parecen tan felices y despreocupadas! Le hacen pensar a una de como será el cielo. Elevan, a veces, mi corazón a cosas que no son de esta tierra.» A esto el hombre contestó : «Querida, mira, en lo que alcanza nuestra vista, hay millones de gaviotas, volando en el aire y capaces de llevar el mismo mensaje a tu corazón. ¿Cómo puede una pobre gaviota más o menos afectar al mensaje?»

«Siempre es lo mismo, replicó la grulla, continuando sus meditaciones. Tan pronto como pensamos en NOSOTROS y decimos : «Yo, sólo Yo puedo llevar este mensaje a la humanidad», nuestra utilidad cesa. Debemos, pues, tener siempre presente que lo importante es el MENSAJE y no el MENSAJERO.

De Dioses a hombres, de Mundos a átomos, de una Estrella a un puntito de luz, del Sol al calor vital del ser orgánico más ínfimo, el mundo de la Forma y Existencia es una inmensa cadena, de la cual todos formamos parte. La Ley de Analogía es la primera clave del problema del mundo, en cuya solución han de estudiarse de manera coordinada todos los eslabones a fin de conocer sus relaciones ocultas.

(H. P. B. en la Doctrina Secreta).

Rectitud en el hablar

Por Bernard Morrow

La primera cualidad, para eliminar toda murmuración, es el dominio de la naturaleza inferior, el cual permite a la conciencia elevarse por encima de la influencia contaminadora de la forma de pensamiento universal que satura los niveles inferiores del plano mental. ¿Quien al ser encerrado en una prisión no es consciente de paredes obscuras, barras siniestras e insectos y de la oprimente presencia invisible, que sintetiza el mórbido y temeroso pensamiento de los anteriores ocupantes de la celda? Sólo uno como Saulo de Tarso, cuya conciencia moraba en una paz muy por encima de esa condición, podía cantar de gozo, como el hombre libre bajo la bóveda estrellada del cielo azul. El mórbido remolino de malos presagios rebullía en su celda sin arrastrarlo en su vértice. De la misma manera cualquiera de nosotros capaz de mantenerse libre de la conciencia del mal está inmune contra toda posibilidad de caer en murmuración o maledicencia.

El saber discernir entre las tendencias bajas y elevadas de la humanidad y una justa ponderación de la prueba presentada, junto con una comprensión del significado oculto del mal, constituye la segunda salvaguardia contra la maledicencia. Salvo aquellos que, por su conciencia perfecta, han entrado en el Reino Espiritual, todos tenemos faltas e imperfecciones, sean las que sean, que se manifiestan como mal; y ese mal no es más que el aspecto negativo del bien. Los que nos rodean, por consiguiente, siendo un compuesto de bien y mal, de perfección e imperfección, sólo sirven de espejo en el cual nos vemos reflejados nosotros mismos. El defecto en los demás que produce la más fuerte reacción dentro de nosotros mismos, es precisamente aquel contra lo cual debemos luchar para corregirnos. Lo bueno en otros que evoca la más vívida reacción de nuestros corazones es sólo el índice de la altura a la que hemos llegado.

El abstenernos de hacer aquello que sabemos que es malo es el tercer preventivo contra la maledicencia; puesto que penetrando en el mal consciente (pues no existe tal cosa como mal inconsciente) generamos dentro de nosotros mismos algo así como un avispero, que se alborota cuando vemos en otro el mismo mal que le dió vida.

Evítese esa sutil, innominada y vanagloriosa propensión de los occidentales a escoger intencionalmente ciertas palabras o inflexión de voz, destinadas a demostrar la propia superioridad sobre otro, para manifestar piedad y menosprecio de ese otro, o para falsear intencionadamente las cualidades de ese otro. Esta es la peor y la más despre-

ciable de todas las formas de maledicencia. El avestruz, que hunde la cabeza en la arena, esconde a lo menos la cabeza; pero el maledicente está al descubierto ante sus oyentes, revelando enseguida su propósito. Esta forma de maledicencia encubre una ciega vanidad fácil de reconocer, por lo que rara vez próspera. En las relaciones comerciales modernas es el mejor medio de fracasar; y en la vida sociat; quien que se vale de ella contra otro, generalmente ausente, se descubre a si mismo ante sus oyentes, con la agravante de que quienes escuchan le desprecian y usualmente hablan de él en el mismo sentido al hacer circular el cuento. La vanidad y la verdad se desconocen.

Procurando matar la ambición, que es una cuestión estrictamente personal, se contribuye a eliminar la maledicencia por deseo de negar la personalidad; porque toda tendencia a la maledicencia es una insinuació sutil de fingida superioridad sobre otros.

Tratar seriamente de servir a toda la humanidad es otro de los medios; porque, ¿qué hombre ocupado en almohazar su caballo lo rociará al mismo tiempo con barro, salvo que quiera hacer inútiles sus esfuerzos y trabajar en vano?

Cultivar el conocimiento de la identidad de todas las almas con la Super-Alma, y reconocer la relación existente entre todo individuo y nosotros mismos, es otro factor para eliminar la maledicencia; pues cuando reconocemos que todos hemos contribuído a la forma universal del pensamiento del mal, no queda lugar para condenar a otros por males que fácilmente pueden ser obra nuestra. En este mundo, niguna sartén tiene derecho a llamar tiznada a ningún cazo. Es tan pobre la condición de la raza, qne cuando se oye la llamada del deber, no hay tiempo para entretenerse en discusiones inútiles para decidir quien es quien, quien es primero o quien es último.

Finalmente, el medio más eficaz para eliminar toda tendencia a la maledicencia, es la decidida determinación y el sincero empeño de ejecutar el trabajo más a mano, a fin de que los pequeños deberes fiel y diligentemente desempeñados, nos sirvan de preparación y se nos pueda confiar mayores responsabilidades. En el desempeño de tales deberes cualquier falta que notemos en otros, nos dará inmediatamente la oportunidad para decidir si tal deficiencia es una oportunidad para servicio de nuestra parte, o es una cuestion que no es de nuestra incumbencia. De todos modos no nos da derecho para que condenemos mentalmente; mucho menos para que lo hagamos un tópico de conversación con otros.

▲

No debes preguntar: ¿Dónde está Dios? Escucha, hombre ciego. Tu vives en Dios y Dios está en ti y, si vives una vida santa, tu mismo eres Dios. Dios está dondequiera que mires.

Jacobo Boheme, 1715

Ocultismo y Misticismo

Por J. H. Goff

Ocultismo es la Ciencia de Existencia, el estudio y aplicación de las leyes, tanto naturales como espirituales que gobiernan la manifestación. Es misticiomo aplicado.

El Místicismo es puramente especulativo. Por concentración en el aspecto erpiritual del Uno, se alcanza un estado de conciencia, que da la comprension de la fuente de donde proceden las leyes que gobiernan el universo; pero no produce, necesariamente, la aplicación práctica de esas leyes. Ocultismo es práctico en el sentido de que demuestra y aplica las conclusiones especulativas del misticismo, y así se convierte en una ciencia. Considerado desde cualquier punto de vista posible el ocultismo llega a la conclusion de que el verdadero objeto de la vida es la perfecta expresión del espíritu en la materia, mediante la inteligencia—la Eterna Trinidad. Cuando se llega a esta conclusiód por las especulaciones del misticismo, el alma que aspira tienen un solo camino que tomar. Si el misticismo se ha perseguido, puramente, como pasatiempo agradable y se ha disfrutado en él de éxtasis producidos por la meditación y contemplación, no se entrará necesariamente en el ocultismo; pero si el Alma ha seguido sus especulaciones por móviles puramente altruistas, con el deseo de buscar la manera de cumplir con la Voluntat del Padre (el Logos del Sistema) y al mismo tiempo para servir a la humanidad como un todo, el místico, por la misma naturaleza de las cosas, pasará del sendero místico al ocultista y fundirá los dos en uno.

El estudio del ocnltismo es realmente el estudio de la ley. Del detenido examen, uno ve que el alma, aunque inherentemente libre, está rodeada en todas direcciones por la Ley absoluta, tanto espiritual como natural. La libertad de que el individuo disfruta es la libertad de elección; puede escoger entre obedecer y desobedecer las leyes del espíritu y de la materia, que son inmutables. Si desobedece las leyes de la naturaleza, por ignorancia, el alma recogerá los frutos resultantes de su ignorancia. Si, por el contrario, la ley es desobedecida voluntariamente, con claro conocimiento de la ley e intención deliberada de desobedecerla, el efecto de tal quebrantamiento será doble; habrá que pagar la pena a ambos, naturaleza y espíritu; pues ambos tienen sus leyes y, en este caso, han sido quebrantadas las de ambos.

Espíritu y Materia son dos aspectos del UNO. Fundiéndolos se produciría la Nada. Separados el resultado sería idéntico. Unidos por un tercer aspecto del UNO, Inteligencia, aparece el UNO expresado conscientemente. Espíritu puede considerarse como una forma sutil de ma-

teria. Lo único que nosotros conocemos es la materia, pero la podemos conocer, y en realidad la conocemos, en diversos aspectos. Agua es la combinación de dos gases; reduciendo su temperatura suficientemente aparece el hielo, un sólido que flota en el agua. El agua está en él, pero lo llamamos hielo, un aspecto de la substancia agua. Elevemos la temperatura del agua a un grado adecuado y se convierte en vapor; el agua se hace tan sutil que puede flotar en la atmósfera de la tierra, en partículas tan minúsculas que el nervio óptico es incapaz de registrarlas. Sin embargo, visible o invisible, separada o congelada es siempre agua. Así es posible ilustrar para la mente la Trinidad de aspectos, con que aparece el UNO en manifestación. Investigad el universo, si queréis; en efecto, el universo de universos; investigad la naturaleza y localizad las más diminutas subdivisiones de la materia; en ninguna parte encontraréis uno de los tres aspectos aislado. Es eternamente el Dios Trino, en todo, a través de todo y todo en el UNO.

Es inútil el intentar el estudio de uno de esos aspectos por separado, porque nunca lo están. Lo que puede estudiarse, sin embargo, son las leyes bajo las cuales se verifican las manifestaciones del UNO. Esas leyes surgen de la misma naturaleza del Uno y son inmutables. El individuo llamado Hombre no manipula las leyes; Él mismo es la Ley y, de consiguiente, el estudio de las leyes de la naturaleza y del espíritu es el estudio del Hombre mismo. Este estudio de sí mismo es ocultismo, porque el hombre encuentra dentro de sí mismo todo lo expresado o que ha de ser expresado. Uno no puede observar meramente la naturaleza y sus operaciones en la forma y aprender sus leyes; uno no puede elevar la conciencia a las sutiles vibraciones de la materia, llamada espíritu y estudiar la ley espiritual, como tal. Uno puede estudiar la Trinidad únicamente, y en ella encontrará la única grande, dominante, fundamental y eterna Ley de Cooperación (Amor). Una vez se descubre esta Ley, la manifestación sigue su curso normal, de acuerdo con la Voluntad del Legislador. De nuevo podemos investigar el universo de universos, de nuevo podemos discurrir sobre la estructura atómica de las formas materiales; pero en ninguna parte descubriremos desobediencia de esta ley básica, excepto en la humanidad. La humanidad es la única unidad de la creación que desconoce esa ley y se declara unidad independiente. Por eso no debemos maravillarnos de que el bendito Maestro Koot Hoomi exclame, contemplando con compasión infinita, al mundo de egoismo y orgullo : «Pobre, pobre humanidad. ¡La única unidad no liberada en toda la creación!» La ley de manifestación es Cooperación; obedezcámosla y toda va bien; desobedezcámosla y cosecharemos el fruto en tristeza, miseria y dolor y, si persistimos, destrucción. Estudiemos las leyes de la manifestación. Aprendamos la Ley inmutable del Amor. Apliquémosla y vivamos la vida de Paz que a toda comprensión trasciende.

Ocultismo es ciencia exacta, para aquellos que, habiendo pasado los exámenes requeridos en cuanto a sus móviles. etc., ingresan en la escuela oculta establecida y dirigida por miembros de la Gran Logia Blanca y pasar el portal de la Iniciación. Hasta entonces, ocultismo es, puramente teórico, en cuanto pretenda demostrar sus conclusiones a otros. Uno puede estudiar y familiarizarse con el esquema general del universo; pero el conocimiento adquirido es, en su mayor parte, académico. Existe una excelente razón para que sea así. No es que la naturaleza guarde celosa sus secretos y los niegue a uno y los revele a otro. En el gran esquema de manifestación, del cual la humanidad es una parte, todo se mueve con precisión magnífica. El conocimiento académico del esquema revela el hecho de que transcurrirán millones y millones de años, antes de que la humanidad, como un todo, alcance la perfección; es decir, sea la perfecta manifestación de la Trinidad de los Aspectos que componen el UNO. Pero, nada hay en el esquema que haga imposible, para un miembro de la humanidad, el adelantarse a sus compañeros y alcanzar la meta mucho antes que otros. Sin embargo, si ese uno no hubiese descubierto la Ley primordial y básica del Amor, antes de haber adquirido el conocimiento de las leyes de la naturaleza con antelación a sus compañeros, nada hay que le impida usar aquel conocimiento con fines egoistas y, con ello, retardar el progreso de otras unidades de conciencia.

Aún con todas las precauciones tomadas, un cierto número de individuos han aprendido esas leyes antes de haber alcanzado la comprensión de la unidad de todos los seres, y se han convertido en hechiceros, o trabajadores contra la evolución. Pueden obstaculizar, pero no engañar a la naturaleza; por lo tanto, cosecharán el resultado del quebrantamiento de la ley del Alma. Por esta razón, los miembros de la Gran Logia tienen sumo cuidado de estudiar a quien aceptan para instruirlo en el funcionamiento de las leyes del universo. El conocimiento y cuidadosa demostración de la Ley del Amor es requisito indispensable y absoluto para el ingreso en la Escuela Oculta de la Ciencia de la Manifestación. Después de haber ingresado se podrá uno llamar ocultista; pero no antes. Rara vez se encuentra uno con un ocultista; son pocos y muy disemieados y los pocos que existen han aprendido a «saber, atreverse y callar».

El misticismo pertenece al campo de la filosofía. Es un proceso especulativo, mediante el cual el alma obtiene un concepto intelectual de la fuente del ser y una hipótesis práctica del esquema de actividad en que se encuentra sumergida. En sus primeras etapas se manifiesta por medio de las emociones; pero en común con las emociones recibe su impulso desde el plano mental. Cuando, por la adición de la Mente a la forma animal, un centro individualizado de conciencia llamado Ego, puede expresarse a través de esa forma, como unidad independiente,

esa unidad, por no estar familiarizada con el grado de vibración en que está aprisionada, enfoca su atención en la materia que no comprende, lo que hace con tal concentración que, por muy largo tiempo, se identifica completamente con la materia cuyas vibraciones está estudiando. Existen numerosas pruebas que justifican la afirmación de que pensamiento y conciencia son sinónimos, y que son un aspecto del Uno; de consiguiente, inherentes en el Uno. Un alma es consciente de aquello en que está pensando; lo que constituye conocimiento del objeto es el enfocamiento del pensamiento o conciencia sobre un objeto y, mientras se verifica ese enfocamiento o concentración, el alma es, en conciencia, ese objeto.

De consiguiente, cuando un alma piensa sobre Materia, que es un aspecto del Uno, ella es Materia; similarmente, cuando el alma dirige su atención o pensamiento al Espíritu, que es otro aspecto de Sí misma, es, en conciencia, Espíritu. El Místico, de consiguiente, deseando alejarse del mundo de vibraciones materiales, retira su atención, en conciencia, de tales vibraciones y la enfoca en el aspecto espiritual y se convierte, en conciencia, en tal aspecto. El alma es tan espíritu una vez como otra; pero no en conciencia, no en pensamiento. Es también, tan materia una vez como otra, pero no es consciente de ambos aspectos al mismo tiempo. De consiguiente, cuando, en pensamiento, se dirige la atención al aspecto espiritual del Uno, se consigue, aparentemente, liberación de las ligaduras de la Materia, debido a la conciencia. No existe tal cosa como inconsciencia; pero la conciencia está confinada al foco del pensamiento y limitada por el mismo; de modo que, en realidad, el hombre se convierte en lo que piensa. Este es el resultado del misticismo; retirarse temporalmente de la materia, por concentración de la conciencia en el aspecto espiritual del Uno.

El misticismo, en sus primeras etapas, se caracteriza por un profundo sentimiento emocional, característica que es común a toda clase de religiones. Latente en el alma de cada uno, existe un sentimiento de un estado de conciencia en que el alma no es atormentada por los impactos de la materia en sus diversos grados de inestabilidad. Ocurren chispazos ocasionales de ese sentimiento, que llevan consigo fuertes deseos y anhelos de una consciente liberación de las vibraciones materiales; de las preocupaciones y pruebas que nos rodean por todos lados. Las religiones de todos los credos y naturaleza ofrecen la oración como método para despertar a este sentimiento de paz. No es difícil excitar la imaginación al punto de que las vibraciones del cuerpo emocional desarrollen un estado de éxtasis, de sentimiento placentero. Emocionalismo es la gran característica del misticismo en los primeros pasos y hasta que se ha llegado a estados más avanzados. Entonces, el emocionalismo cede gradualmente a la comprensión y, con la comprensión, viene una paz tranquila y perdurable; pues el alma ve que, en todo el

Universo, no existe más que el Uno y que todo irá bien si se atiene a las leyes inmutables que emanan de la misma naturaleza de la manifestación. Puede haber dolor en el cuerpo físico, porque la naturaleza tiene leyes de necesidad, que obliga a las formas a vivir en formas, y el cuerpo puede estar llamado a sacrificarse a otras formas; pero no puede existir verdadera tristeza, ni verdadera miseria o sufrimiento para el alma que *sabe*.

Todo aparece como el maravilloso desarrollo de un gran esquema tras otro, universo tras universo, emergiendo y pasando a la obscuración, sólo para surgir de nuevo, después de largos períodos de reposo.

Cuando se alcanza la comprensión de la Eternidad, cuando la conciencia se ha elevado el punto en que sabe que no existe ni tiempo ni espacio; nada sino el sempitermo desenvolvimiento de esquema tras esquema, desaparecen, para siempre, preocupaciones, tristezas y desdichas. Este estado de conciencia, sin embargo, no es completo y el alma, habiendo alcanzado, en conciencia, la liberación, de la manifestación se encuentra en la verdadera naturaleza del Uno. Se puedebo tener reposo por prolongados períodos de tiempo; pero el alma ha de retornar a la corriente y «trabajar». Dándose cuenta de esto, el Místico puede poner inmediatamente manos a la obra y preparar su lugar en la evolución. Se ve compelido a esto por la comprensión que tiene del perfecto desarrollo del plan en conjunto. Ve las tristezas y sufrimientos causados por la ignorancia en cuanto a la verdadera condición del ser, y la fraternal simpatía que siente por sus hermanos así alucinados, hace que entre en el ocultismo a fin de poder dirigir las fuerzas que han de iluminar a sus semejantes. Ahí es donde principia el verdadero ocultismo; el que se caracteriza por un intenso amor a la humanidad y una completa negación del yo en servicio. La obtención de poderes psiquicos es meramente incidental y con el solo objeto de prestar servicio más efectivo. La característica del verdadero ocultismo es Amor Fraternal.

NOBLEZA OBLIGA

El verdadero significado de este antiguo dicho es : cual tus oportunidades son tus responsabilidades. En la proporción que conocemos las verdades más elevadas y nos beneficiamos de ese conocimiento, estamos obligados, por la ley de compensación, a dar la verdad en amor y servicio en nuestra vida diaria. Emerson ha dicho : «El beneficio que recibimos ha de ser cedido línea por línea, acción por acción, céntimo por céntimo, a alguien. Ten cuidado del excesivo bien que permanece en tus manos; pues se corrompe pronto y cría gusanos. Pásalo prontamente a otro, de alguna manera.

O. S. Ford

SECTION FRANÇAISE

SOPHIA

REVUE MENSUELLE DE SYNTHESE SPIRITUELLE

PHILOSOPHIE - RELIGION - SOCIOLOGIE -METAPSYCHIQUE

VOL. II FÉVRIER 1932 NUM. 2

Le Réveil de l'âme [1]

Tels sont résumés, en une rapide synthèse, les caractères principaux du réveil de l'âme. Afin de mieux les fixer, de mieux distinguer leur trame et leur prépondérance dans chaque cas, écoutons encore les témoignages de quelques «illuminés». Voici ce qu'écrit un religieux moderne cité par James :

Je me souviens parfaitement de la nuit et presque de l'endroit précis, tout en haut de la montagne, où mon âme s'est ouverte, pour ainsi dire, dans l'Infini et où les deux mondes, l'intérieur et l'extérieur, se confondirent en un seul. La profondeur réclamait la profondeur : à la profondeur que la lutte avait ouverte dans mon être répondait la profondeur insondable de l'Univers extérieur qui s'étendait au-delà des astres. Je me trouvais seul avec Celui qui m'avait créé, qui avait créé l'amour et la douleur ainsi que la tentation. Je ne Le cherchais pas, mais je sentais que mon esprit et le Sien étaient à l'unisson. La valeur habituelle des choses pâlit autour de moi. En moi, il ne restait plus à ce moment qu'une joie et une élévation ineffables. Il m'est impossible d'exprimer dignement ce que je ressentais. C'était comme un grand orchestre lorsque toutes les notes séparées se trouvent dans une harmonie toujours croissante et que celui qui les écoute ne perçoit que son âme transportée vers les plus hautes cimes et prête à defaillir. La nuit silencieuse était plongée dans un sommeil solennel. Dans l'obscurité une présence était d'autant plus sentie qu'elle était invisible. J'étais aussi sûr qu'Il fût là, que je l'étais d'y être moi-même. En vérité je sentais que, des deux, j'étais le moins réel.

Ma plus haute croyance en Dieu et mon plus véridique concept de Sa nature naquirent alors en moi. Par la suite, je me suis trouvé d'autres fois encore sur la montagne de la Vision et j'ai senti autour de moi, l'Eternel, mais je n'ai jamais plus éprouvé cette même émotion du cœur. Si je me suis trouvé en la présence de

(1) Voir le numéro de janvier, 1932.

Dieu et si j'ai été renouvelé par Son esprit c'est bien en ce jour. Il n'y avait eu alors aucun changement subit dans mes pensées et dans ma foi, mais ma précédente conception rudimentaire avait fleuri, pour ainsi dire, comme une fleur. Il n'y eut aucune destruction de ce qui avait été mais un merveilleux et rapide développement.

Plus laborieux, complexe et gradué fut le réveil de Léon Tolstoï. Il connut souvent la sensation vive de la présence de Dieu et la joie qui qui en dérivait mais, aussitôt après, des doutes et des résistances intellectuelles de tous genres troublaient sa vue et il retombait dans la désespérance; mais il eut finalement l'expérience décisive. Voici comment il la décrit :

Je me souviens que c'était un jour de printemps : j'étais seul dans la forêt dont j'écoutais les milles rumeurs. Je tendais l'oreille et, comme toujours, ma pensée allait vers ce qui l'occupait sans trêve depuis trois années : la recherche de Dieu... L'idée de Dieu n'est point Dieu, me disais-je. L'idée est ce qui advient en moi. L'idée de Dieu est une chose que je peux réveiller en moi, mais ce n'est pas ce que je cherche; je cherche *cette chose* sans laquelle la vie ne pourrait pas être. Et, puisque tout mourait autour de moi, une fois encore je voulus me tuer.

Mais je rentrai en moi-même et me rappelai tous les accès de désespoir et d'espoir dont j'avais souffert des centaines de fois. Je me rappelai que je ne vivais que lorsque je croyais en Dieu. Alors comme à présent, quand je croyais connaître Dieu je vivais, mais dès que je L'oubliais ou que je n'y croyais plus je cessais de vivre.

Que sont donc ces exaltations et ces désespoirs? Je ne vis plus quand je perds ma foi en l'existence de Dieu, je me serais tué depuis bien longtemps si je n'avais eu l'espoir de Le retrouver, alors que je ne vis, et ne vis vraiment, que quand je Le sens et Le cherches. Pourquoi chercher encore? criait en moi une voix. Il est donc Celui sans lequel on ne peut vivre. Connaître Dieu et vivre ne sont qu'une même chose. Dieu est vie. Tu vis en cherchant, il n'y aura donc pas de vie sans Dieu. Et plus que jamais tout s'illuminait en moi et autour de moi. Dès lors cette lumière ne me quitta plus.

Très intéressante sous plusieurs aspects est l'histoire du réveil spirituel chez Rabindranath Tagore, le grand poète et philosophe mystique hindou dont les œuvres admirables, pleines de sagesse et de beauté, sont très répandues même en Italie.

Ce qu'il y a de plus remarquable dans le cas de Tagore, c'est la manifestation indépendante et isolée, à des périodes différentes et sous l'action de stimulants divers, de deux aspects du «Réveil» parmi tous ceux que nous avons cités plus haut, c'est-à-dire, d'une part, la transfiguration du monde extérieur et, d'autre part, la sensation de liberté et de paix qui suit la terrible expérience de l'instabilité et de la vanité de la vie individuelle séparée de la vie universelle. Très instructif est ce que dit Tagore sur le contraste entre le *moi* profond et la *moi* superfi-

ciel, sur la lucidité spirituelle que nous acquérons lorsque nous parvenons à écarter notre pauvre personnalité ordinaire avec toutes ses limites et ses mesquineries et à faire taire nos discordantes et vaines clameurs. Voici la description de la première crise extérieure et de la première phase du «réveil» que nous donne Tagore dans ses «Souvenirs» (1) :

Quand la vie extérieure est en discordance avec la vie intérieure, notre être profond est blessé et sa souffrance se manifeste dans la conscience extérieure d'une façon qu'il est difficile de décrire et qui ressemble plus à une lamentation inarticulée qu'à un discours composé de paroles ayant une signification définie. La tristesse et la souffrance qui tentèrent de montrer leur expression dans la série de poèmes «Chants du Soir» avaient leur racine dans la profondeur de mon être. De même que notre conscience dominée par le sommeil se débat contre un cauchemar et essaie de s'éveiller, de même le moi profond submergé en nous lutte pour se libérer de ses complications et pour remonter à la surface. Ces chants sont l'histoire d'une semblable lutte.

Mais l'éveil et la libération étaient proches.

Une après-midi, vers la fin du jour, écrit Tagore un peu plus loin, je marchais de long et en large sur le terrasse de notre maison. La splendeur du couchant s'unissait à l'ombre du crépuscle de telle sorte qu'elle semblait octroyer un attrait tout spécial au jour qui tombait. Les murs de la maison eux-mêmes paraissaient acquérir une certaine beauté. La disparition de toute vulgarité dans les choses communes, me demandai-je alors, dépendrait-elle peut être de quelque effet magique de la lumière vespérale? Certainement non!

Je compris aussitôt que c'était l'effet du soir qui pénétrait dans mons âme : ses ombres avaient oblitéré mon «moi habituel». Tandis que ce moi était en évidence dans la pleine clarté du jour, tout ce que je percevais était caché par lui. Mais à présent que ce moi se trouvait à l'écart, je pouvais voir le monde sous son aspect véritable. Et cet aspect n'a rien de vulgaire : il est au contraire plein de beauté et de joie.

Depuis cette expérience j'ai essayé à maintes reprises de supprimer délibérément mon moi et de considérer le monde en simple espectateur, et j'en ai toujours été récompensé par un plaisir tout spécial.

. . . .

J'ai acquis, peu après, un ultérieur pouvoir de vision qui a duré ensuite toute ma vie...

Un matin, j'étais sur la véranda (de notre maison)... le soleil se levait et je le distinguais à travers les feuilles des arbres situés devant moi. Tandis que je considérais (ce spectacle) il me sembla qu'un voile était tombé tout à coup de mes yeux et je vis le monde comme pénètré d'une esplendeur merveilleuse par des vagues de beauté et de joie qui surgissaient de tous côtés. Cette splendeur pénétra en un

(1) *My reminiscences* (London, Mac Millan), page 212, 218.

instant à travers les cumuli de tristesse et de dépression qui oppressaient mon cœur et l'inonda d'une lumière universelle.

Ce jour là, ma poésie intitulée : «Le réveil de la càscade» jaillit et se déversa comme une vraie cascade. La poésie prit fin, mais le voile ne descendit point sur l'aspect joyeux de l'Univers. C'ast ainsi qu'aucun être et aucune chose au monde ne me semblent, depuis ce jour, vulgaires ni déplaisants.

Ecoutons cette autre expérience de Tagore faiie peu après, à l'âge de 24 ans, à l'occasion de la mort d'une personne qui lui était chère :

Qu'il pût y avoir une lacune ou une interruption dans l'enchaînement des joies et des doleurs dans une vie humaine c'est ce dont je n'avais encore aucune idée. Je ne pouvais rien voir au-delà de cette vie et j'avais accepté cette existence comme si elle devait constituer toute la réalité. Quand la mort survint tout à coup et fit en une seconde une large déchirure dans cette apparente réalité de la Vie, je restai tout désorienté et confondu. Autour de moi, les arbres, le sol, l'eau, le soleil, la lune et les étoiles étaient immobilement vrais, comme auparavant, tandis que l'être qui était auparavant aussi vrai et présent et qui, par mille points de contact avec ma propre vie, mon esprit et mon cœur était, pour moi, bien plus réel que la nature, avait disparu en un instant comme un rêve. Quelle contradiction, pensais-je en regardant autour de moi! Comment réconcilier ce qui restait avec ce qui avait disparu?

Les terribles ténèbres qui m'étaient apparues à travers la déchirure continuaient à m'attirer nuit et jour...

Je m'efforçais de les pénétrer et de saisir ce qui avait pris la place de ce qui avait disparu. Le vide est une chose à laquelle l'homme ne peut croire; ce qui *n'est pas* est faux, ce qui est faux n'existe pas. C'est pourquoi nos efforts de trouver quelque chose là où nous ne voyons rien sont incessants.

De même qu'une jeune plante, plongée dans l'obscurité, s'efforce de remonter pour chercher la lumière, ainsi quand la mort jette tout à coup les ténèbres de la négation autour de l'âme, celle-ci s'efforce, par tous les moyens, de remonter vers la lumière de l'affirmation. Et quelle autre doleur peut être comparée à l'état dans lequel les ténèbres empêchent de trouver la voie pour sortir des ténèbres?

Et pourtant, dans cette douleur intolérable, des éclairs de joie jaillissaient en moi d'une façon qui m'émerveillait. Le fait que la vie ne fût pas quelque chose de stable et de permanent constituait la découverte douloureuse qui me donnait néanmoins un certain soulagement. La pensée que nous ne sommes pas pour toujours des prisonniers enfermés derrière les murailles épaisses de notre vie ordinaire prenait inconsciemment en moi le dessus, provoquait des vagues de contentement. J'étais obligé d'abandonner ce que j'avais possédé : c'était le sentiment de perte qui me rendait malheureux, mais quand, en même temps, je le considérais au point de vue de la liberté ainsi acquise, un grand calme m'envahissait.

. . . .

A mesure que l'attirance du monde cessait en moi, la beauté de la nature acquérait à mes yeux une signification plus profonde. La mort m'avait donné la juste perspective dans laquelle je pouvais contempler le monde dans la plénitude de

sa beauté et quand je voyais le tablean de l'Univers sur la toile de la mort je ne pouvais m'empêcher de le considérer avec extase (1).

* * *

Après avoir ainsi passé quelques instants sur les sublimes hauteurs où resplendit la clarté de l'esprit, redescendons vers notre sombre vallée. Nous y serons mieux en état de comprendre la signification et la fonction de la période de travail et de tourment qui précède le *réveil de l'âme*. A présent, nous nous rendons bien compte que l'approche du réveil détermine la crise intérieure. Avant que de se manifester sous son aspect positif, la vision de l'universel et de l'éternel se manifeste sous une forme négative; c'est-à-dire qu'elle nous fait sentir combien toute chose particuliére, lorsqu'on la considère (et c'est ce qui a lieu généralement) en elle-même et détachée du reste, est vaine et éphémère, que rien de ce qui est limité n'a de valeur propre, que chacun de nos désirs égoïstes ayant en vue la possession et la puissance, chaque affirmation de notre moi séparé sont mauvais et réprouvables, non point qu'ils violent des codes et des préceptes extérieurs et arbitraires, mais parce qu'ils sont en contradiction avec les vraies lois de la Vie et avec l'essence même de l'Univers. L'âme aveugle et ignorante a peur de s'abandonner, ne veut pas renoncer aux béquilles qui l'ont soutenue jusqu'alors; elle se rebelle même ouvertement aux appels, aux sollicitations de l'esprit. Mais c'est en vain, car l'*esprit ne s'apaise pas*, il pèse fortement sur l'âme, il la tenaille jusqu'à ce que, parvenue à son extrême résistance, il ne lui reste qu'à se rendre. Elle retrouve alors, avec un joyeux émerveillement à la place de l'anéantissement redouté, sa propre participation à la vie universelle.

Cet étrange et terrible combat entre l'âme et l'esprit a été admirablement décrit par deux poètes contemporains : Francis Thompson dans son célèbre poème *The Hound of Heaven,* et Francis Chiesa, le noble poète tessinois qui n'est pas aussi connu et apprécié qu'il le mérite, dans une belle et originale poésie intitulée *La Voce* (2).

Si l'on considère l'intensité et la durée des souffrances ressenties durant la période qui précède le réveil de l'âme, la question suivante jaillit spontanément : ces souffrances ne pourraient-elles être épargnées, du moins en partie? Ne pourrait-on faciliter et abréger le chemin de la Lumière? Oui, cela est possible : tandis que certaines expériences fondamentales sont nécessaires et qu'aucun enseignement, aucune aide extérieure ne peuvent leur être substitués, un grand nombre de douleurs, de vaines rebellions, de déviations et de chutes pourront être évitées au moyen de la connaissance des voies mystérieuses de l'âme,

---

(1) *My reminiscences*, page 260.
(2) Cette poésie c été publiéc à la page 50 de la Revue *Ultra*. Fasc. N.° 2, mai 1921.

surtout sous la direction d'un guide éclairé ayant déjà parcouru ces voies et vécu ces expériences.

Il convient de répondre brièvement à cette autre question tout aussi naturelle que la précédente : qu'advient-il de l'âme après que les yeux se sont ouverts à la vision spirituelle?

Après la solennelle et décisive expérience intérieure durant laquelle l'âme s'est éveillée, commence pour elle une vie réellement nouvelle : l'âme s'alimente alors d'un grand désir de bien; elle sent la nécessité profonde de se mettre en harmonie complète avec la vie universelle, obéissant en toute chose à la volonté divine. Au début, tandis qu'elle se trouve encore sous l'impression et le stimulant de sa communion avec l'esprit, elle croit pouvoir facilement et directement y parvenir par le seule action de la volonté, mais elle épreuve bientôt un rude désenchantement. La nature humaine avait été pour un instant seulement paralysée mais non tuée, ni transformée définitivement. Le «vieil Adam» surgit à nouveau avec ses habitudes, ses tendances, ses passions, et l'âme comprend qu'il lui reste à accomplir un long et patient travail de purification. Elle doit effectuer un pélerinage à travers les bas-fonds de sa nature inférieure afin de la connaître, la dompter, la transformer. Précieux et admirables sont les fruits de ce long et âpre travail : de nouvelles et plus vastes révélations sont octroyées à l'âme purifiée. Mais avant que de réaliser la victoire complète et définitive elle doit se soumettre à une autre épreuve: celle de passer à travers la mystérieuse «nuit obscure» qui est une nouvelle et plus profonde expérience d'anéantissement, un creuset où seront fondus les éléments humains dont elle est encore composée. Mais aux nuits les plus obscures succèdent les plus radieuses aurores, et l'âme, finalement parfaite, entre en communion constante et indissoluble avec l'Esprit à tel point que, pour employer l'audacieuse expresion de Saint-Jean de la Croix, elle croit être «Dieu lui-même et posséder Ses propriétés».

Telles sont les grandes étapes du pélerinage de l'âme. La route est longue et il est donné à peu d'êtres de la parcourir tout entière durant une seule vie; mais connaître ces merveilleuses possibilités de développement et de conquête, savoir que des individualités sont parvenues à les effectuer constitue pour nous tous un grand réconfort, une sévère incitation, un enseignement précieux faits pour secouer notre torpeur et *réveiller notre âme.*

ROBERTO ASSAGIOLI
Florence

Traduit de l'italien par I. A. de T.

Imprenta de Juan Sallent.—San Quírico, 32 y Jovellanos, 26 - 28. — Sabadell